

"Los inmortales" de Homero Carvalho



Homero Carvalho Oliva escribe "La ciudad de los inmortales", refiriéndose —como marco geográfico— a La Paz. Espectros del tiempo, de una época precisa en el autor, la de las dictaduras militares de cuando éramos jóvenes. En La Paz se centra el gobierno y sus actores y/o espectadores asisten a una representación teatral donde los detentadores del poder apuestan sus cartas. En ella, un grupo de jóvenes universitarios —narrados por una voz ubicua que puede ser la de cualquiera, la del novelista en especial que juega con las bocas de sus personajes para contar lo que quiere contar sin responsabilizarse de todo— idealiza el sueño de la revolución en el espacio temporal que el retorno democrático ha traído al país.

En lo personal, aunque ajeno a los avatares de la capital, «La ciudad de los inmortales» me toca. Pertenecemos a la misma generación, Homero y yo, más tantos otros nombrados y supuestos, y vivimos aquellos procesos de cambio muy de cerca. Fuimos ilusos juntos, y juntos nos desencantamos de ese tango que fue «la revolución boliviana». Sin embargo, y eso transmite las líneas del libro, eran tiempos de esperanza. A pesar de que la ilusión jugase su papel confundidor nos movía un impulso: aquél de que al final del camino existía una vida mejor, así parecía absurdo decirlo, una existencia libre de los trastornos militares que decidieron como por azar de malicia tener al país bajo su bota por el mayor espacio de nuestra juventud. En las noches nos sentábamos, en casa de amigos, y al ritmo de vinos rojos, a escuchar la música de la pronta gesta nacaraguense, con ritmo de bala. Chino Murillo regresaba del exilio en Suecia, calzaba botas y boina de tanquista. Pleno de deseo e iniciativa al principio, lentamente, con la misma inercia en que nos acorralaron los corruptos, los de antes y los nuevos, fascistas y comunistas, falangistas y miristas, la boina perdió color y entre alcohol y sexo Chino ahogó los estertores de su —y nuestra— esperanza.

Otros aires recorren hoy las calles de La Paz, aires que miro con recelo y desconfianza. Los actores cambiaron, el tiempo los barre para dejar las letras de sus nombres de recuerdo. El radicalismo actual pasa por el tamiz de cuán indigenista se es para recibir aceptación. Dudo que los líderes, que en el fondo piensan (pueden estar seguros) en la desgracia de someterse a «indios de mierda», deseen

dar curso a un proceso histórico que augure transformaciones profundas en una racista Bolivia; sólo anhelan, como es sabido, lucrar en nombre de los desposeídos.

Volvamos a Homero y su excelente obra. «La ciudad de los inmortales» inaugura de manera seria una mirada retrospectiva hacia el banzerato, la frágil democracia, el garciamezismo y demás desdencos. No se ha hecho antes un acercamiento literario tan bello y puntual al mismo tiempo. Carece de análisis sociológico y no importa, porque aunque trate de temas concretos los ficcionaliza, los incluye en la memoria de quienes recuerdan, subjetivamente. Con júbilo se anuncia verano en la política; las mujeres, estudiantes ellas con Marta Harnecker bajo el brazo, se disponían a amar y desplejaban sus ropas ágiles ante la seducción que ejercía Bakunin; los cuerpos se recostaban debajo de los eucaliptos y en la pausa después del amor las parejas discutían si Lenin o Plejanov, Che Guevara o Nekhaev, mientras el sudor les goteaba en los costados.

Homero es coloquial, relata lo que vio u oyó decir. Algunos hicimos huelgas de hambre, o huelgas solas; otros llevamos aliento a los

subvertidos. Sin embargo el escritor le quita al hecho lo que pudiese tener de sacro-santo. Porque nos equivocamos, porque siendo los casi niños que fuimos había en nuestra «revolución» grande infantilismo. No sabíamos disparar, ni idea tuvimos de que para combatir se necesitan agallas, y que al odio teníamos que oponer odio, y muerte a la muerte. Recuerdo cuando me llamaron porque en la clandestinidad se reunían Filemón Escobar y la dirigencia de Vanguardia Obrera, y Jimmy Issa y yo teníamos que vigilar por si venían los esbirros de Arce Gómez a matarlos. Como idiotas nos paramos, a unas cuadras de distancia, cordones dispuestos al matadero, desnudos, los de afuera y los de adentro, una hermosa mañana de domingo, casi subiendo a la Taquilla que para mi contento transcurrió plácida. Corrí a casa, hambriento, después de mediodía, al ver irse a los complotados, uno a uno, por los pasadizos de Linde. Carvalho destruye, sin quitarle emoción y belleza, esa idea de que oponíamos una fuerza compacta al fascismo.

Comimos en la huelga de hambre, a escondidas, y amamos sociólogas frenéticas, desnudas de la cintura abajo, mientras el Señor de Mayo observaba el temblor de las carnes... dentro de una iglesia, claro.

No necesito entrar en el argumento. Lode Homero es historia viva y a quienes menciona, la mayoría de ellos, todavía trashuman las calles. El tiempo ha cambiado. Lechín y otros jerarcas «de clase» han fenecido, García Mezo regenta un mínimo imperio en su prisión de Chonchocoro. Su sicario, Luis Arce Gómez, preso en los Estados Unidos, conocerá ahora el amor de los robustos brazos de los reos afroamericanos, y su iluso reino de droga y nacionalismo se hundió bajo las pretensiones, mejor las garras, de los más prácticos, ya sin distinción, en estas horas febles, de izquierda o derecha o centro.

Queda, aparte del amargor de la derrota, porque derrota es haber perdido el rumbo, un aroma de homenaje en esta novela de Homero Carvalho a aquellos que murieron, ya ni importa si valió la pena, por la sangre que corrió por las calles (venid a ver la sangre por las calles, dice Neruda). Y cuando la joven negra, hecha revolucionaria/hecha puta, Condesa de Chicaloma-Garota de Irupana —personaje suyo—, toma venganza en sus manos, mostrando las salencias angustiosas de la izquierda nacional, nos da como final novelesco al menos un alivio.

Felicidades, Homero, por destapar los años, por la claridad que disipa las penumbras de un sueño.

Aurora, septiembre del 2005

Claudio Ferrufino-Coqueugnol. 1960.
Escritor Cochabambino.

Vigencia de la Injusticia



Para colmo de mis desgracias hoy cumplí sesenta años. Seis décadas que las sufrí intentando mejorar mi vida sin lograr adquirir ni un metro de tierra donde caerme muerto. Toda esa vida de mis días oscuros la gasté trabajando duro de estación a estación, sin descanso, jornaleando donde podía, sin seguro social ni sindicato que valga, trabajando aquí y allá, en todos partes y en ningún lugar. Y miren a mis hijos los pobres! Dios sabe por dónde andarán. Ellos se cansaron de comer su diario plato de angustia y simplemente se fueron, sin despedidas ni abrazos, se fueron. A mi mujer se le secaron las lágrimas y se le erosionó la piel transformándose en un duro y seco pergamo de cordero. Tan vacía quedó—la que un día se fugó conmigo sin importarle sus propios padres— que no levantó la vista cuando el último de nuestros hijos se marchó en busca de otro pan para llenar su hambre atrasada, única y amarga herencia que les dejamos. Sesenta años que me costó envejecer, con el sufrimiento en cada arruga, en cada surco de mi cara, terribles años de desesperanza que consumieron la luz de mis ojos y la alegría de mi risa. Tantos años que los creía sólo míos y viene este jovencito, con su cámara fotográfica y sin pedir permiso se adueña de mis devolos, de mis rabias, de mis tristezas. Click, y se apropiá, a cambio de nada, de todas las arrugas de mi rostro.

Ars Narrativa

El cuento es el infinito cuya puerta es la página. En la superficie llana del papel el narrador es un cazador perdido que intenta atrapar el dinosaurio de Augusto Monterroso, mientras persigue sus huellas da cuenta del universo. El escritor es un marinero desatando nudos para llevar anclas y navegar en las ominosas aguas del lenguaje. Es un naufragio solitario escribiendo su bitácora terrestre. Es un jugador de ajedrez, las palabras son las piezas y el argumento el tablero; juega contra sí mismo tratando de no descubrirse en el otro. Es un buscador de tesoros, el brillo de las palabras lo deslumbra y sólo su experiencia puede hacerlo distinguir el oro entre la arena de los ríos de la memoria. Es un ser inconforme, un rebelde, nunca se siente a gusto con lo que escribió. Es un guerrero, aprende de cada una de las batallas y no espera morirse en el próximo combate: el miedo lo mantiene con vida. El narrador es Descartes insepulto, vive en sus palabras; escribe, luego existe. Es Homero relatando la historia de una guerra causada por un simple lio de faldas. Es un asesino privilegiado, es el único chismoso con licencia para matar. Es un historiador de las rutinas cotidianas, de las epopéyas domésticas. Es un niño frente a una pared blanca, aborrece los espacios vacíos y los jardines sin maleza. Es un músico sin instrumento buscando en su propia voz los sonidos que le durán el tono necesario para satisfacer su estilo.

Es un alquimista buscando la piedra filosofal en el alfabeto. Es un héroesante, un sacerdote que oficia rituales sin feligreses presentes. Es un adicto, sabe que el relato de hoy no será el último. El narrador es Casanova, los vacíos sin palabras le sugieren el cuerpo de la mujer deseada, el amante cuida de no violar la hoja virgen, simplemente la seduce. Es un onanista, la escritura es su orgullo. Es un hacedor, inventa y destruye mundos en cada oración. El narrador es un hechicero penitente, sabe que su escritura no cambiará el mundo y aspira a que lo ayude a cambiar a él mismo.

Homero Carvalho. 1957.
Escritor boliviano.

